

Semana Santa: como un personaje más

Un taller para rezar “desde dentro”.

Porque cuando te metes en la escena, descubres que todo esto también va contigo.

Método

Contemplación activa. No leer la historia desde fuera, sino estar dentro de la escena.

Oración introductoria

Señor mío y Dios mío, creo firmemente que estás aquí. Que me ves. Que me oyes. Te adoro con profunda reverencia. Te pido perdón de mis pecados y gracias para hacer con fruto este rato de oración. ¡Madre mía inmaculada, San José mi padre y Señor, Ángel de mi Guarda, ¡interceded por mí!

Oración final

Puedes terminar este rato de oración poniéndote de rodillas y diciéndole al Señor:

Te doy gracias, Dios Mío, por todos los propósitos que me has comunicado en este rato de oración. Te pido ayuda para ponerlos por obra. ¡Madre mía Inmaculada, san José mi padre y Señor, ángel de mi guarda, interceded por mí!

Viernes Santo: "La sed de Dios: entrar en la herida"

Hoy el silencio es distinto. No es un silencio de vacío, sino de muerte y de respeto, porque estamos ante el momento más crudo y real de la historia. Es un silencio de luto.

Te invito a que te sitúes mentalmente al pie de la Cruz. Olvida por un momento las frases hechas y mira la escena: Jesús está ahí, agotado, roto, con la vida escapándose entre los dedos. Y en medio de ese dolor, lanza un grito que es para ti: "**Tengo sed**". No es solo una sed física de agua o de alivio; es el grito de un Dios que está sediento de ti, de tu presencia, de tus ganas de vivir y de tu libertad. Señor, me impresiona que seas Tú, el dueño de todas las fuentes, quien mendiga un poco de mi atención. Me desconcierta pensar que mi amor, que a veces es tan frío y tan intermitente, sea lo que calme tu sed en la Cruz.

También me rompe de dolor el ver que tus sufrimientos son por causa de mis errores, de mis olvidos, de mis descuidos, de mis desamores. De toda la humanidad. Señor, no hay ningún pecado que no hayas perdonado en la Cruz. Esta Cruz es de dolor y de salvación.

A veces nos da miedo acercarnos a la Cruz porque preferimos las cosas que brillan, lo que no duele, lo que sale bien a la primera. Pero hoy el Señor te invita a no pasar de largo, a no quedarte como un espectador que mira desde lejos. **Te pide que entres en su herida.**

Entrar en la herida de Jesús no es algo morboso. Es entrar en el refugio definitivo. Es el único lugar donde nuestras propias heridas –nuestros complejos, esos fracasos que no contamos a nadie, o esa herida que nos han hecho y que no termina de cerrar– dejan de doler para empezar a sanar. En el costado abierto de Cristo hay sitio para todo lo tuyo. No tienes que fingir que eres perfecto ni que tienes un *outfit* impecable. A la Cruz se viene con la verdad por delante. Señor, quiero meter mi cansancio en tu herida y descubrir que mi dolor no te es indiferente, que Tú lo has sentido primero.

Mira a la Cruz. Así sabrás que admirar la Cruz es entender que no hay distancia que Dios no haya recorrido por ti. Su sed es el deseo de que vuelvas a casa, de que dejes de buscar la felicidad en pozos que no sacian y te acerques a Él, que es la Fuente.

Quizás hoy puedas preguntarle: "**Señor, ¿qué ves en mí para que valga la pena tanto sacrificio? ¿Qué tiene mi amor que te hace gritar que tienes sed?**". Al entrar en su herida, descubres que no hay juicio, solo una acogida infinita. Es el momento de dejar de huir de nuestras fragilidades y entregárselas a Él, permitiendo que su sangre limpie nuestra historia.

María acoge entre sus brazos a su hijo cadáver. No hay dolor comparable a su dolor. Su corazón está como traspasado. Madre, hoy quiero acompañarte en tu dolor sólo con mi presencia. No digas nada. Sólo quédate con Ella. Sólo. Nada más.

Pero después de este grito y de este sacrificio, llegamos al **Sábado Santo**. Es el día del silencio absoluto. La liturgia se calla, el sagrario está vacío y parece que el mal ha ganado la partida. Es un día para aprender a esperar cuando parece que Dios no responde, cuando nos sentimos solos o cuando los planes no salen como esperábamos. Es el silencio de la tumba, pero también el silencio de la semilla bajo tierra, que está trabajando aunque nadie la vea.

Este sábado nos enseña que Dios también actúa en las pausas, en los momentos de oscuridad de nuestra vida donde parece que nada se mueve. Es el día de **acompañar a María**, la única que mantiene encendida la llama de la fe mientras todos los demás han huido o se han rendido.

Te pido, Señor, que este Sábado Santo no me desespere tu silencio. Ayúdame a entender que cuando callas es porque estás bajando a mis propios abismos para rescatarme. Enséñame a habitar este silencio sin miedo, a no intentar llenarlo con ruido o distracciones para escapar de la realidad. Que este tiempo de espera sea una oportunidad para purificar mi deseo y para entender que, tras el silencio más largo de la historia, siempre termina amaneciendo. Pídele a la Virgen que te preste su fe para saber que la herida del Viernes no es el final, sino la puerta de entrada a la luz que está a punto de estallar.